

21/09/2020

La estudiante tiene 12 años  
y va a clase la mitad de la semana.  
La pandemia obliga a miles  
de adolescentes a ser más autónomos

## La vida semipresencial de Ona

IGNACIO ZAFRA, **Valencia**  
Se ha despertado a las ocho, ha desayunado, se ha duchado, ha arreglado su habitación y se ha sentado a trabajar pasadas las nueve. Ona Peris tiene 12 años, vive en el centro de Valencia, está en segundo curso de ESO y hoy, jueves, le toca estudiar en casa. "Por un lado me parece un poco aburrido, porque no veo a mis amigas. Por otro, de momento es más fácil porque tienes menos trabajo y te puedes levantar un poco más tarde", comenta frente al ordenador que sus padres compraron hace unos días por si los vuelven a confinar.

La adolescente está viviendo lo mismo que miles de alumnos en toda España: las medidas de seguridad para frenar la covid y la falta de profesores y espacio en los centros educativos han llevado a 12 comunidades a implantar un modelo de docencia semipresencial en secundaria, Bachillerato y FP. Las tareas que ayer le pusieron en clase y que tendrá que llevar mañana cuando vuelva al instituto —acude en días alternos— son: una redacción contando cómo pasó el confinamiento y cómo le gustaría que fuera el nuevo curso; un texto para resumir; ejercicios de Matemáticas y cuatro preguntas de la asignatura Valores Éticos a las que debe contestar, entre ellas: "¿Qué es una persona?" y "¿alguien que está inconsciente o en coma es una persona?". Ona calcula que hacerlo todo le costará unas dos horas. No tiene clases en *streaming*.

"Me preocupa que tenga demasiado tiempo libre. Es verdad que es la primera semana, pero el trabajo que le han puesto hasta ahora lo hace muy rápido y tiene toda la tarde, porque acaba a las dos, y todo el día siguiente sin clases. Espero que conforme pase el tiempo le pongan más tarea", dice su madre, Mar Carlos, profesora de Diseño Industrial en la Universidad Jaume I de Castellón. Como las clases en el campus aún no han empezado, teletrabaja en la habitación de al lado y Ona puede consultarle dudas.

"Nos preocupa la docencia y también la conciliación. A partir de octubre los dos tendremos que salir a trabajar y la niña tendrá que gestionar el tiempo sola, aunque cuente con nuestro apoyo y busquemos la forma de que alguien la acompañe parte de los días. En nuestra generación, esa autonomía llegaba más tarde, cuando tenías 16 años o ibas a la universidad", añade su padre, Manuel Peris, ingeniero agrónomo y

responsable comercial de una empresa que produce y exporta cítricos ecológicos.

Pronto sus padres trabajarán fuera y ella gestionará su tiempo sola

Llevar clases a otro espacio habría sido "un trastorno", dice el director del centro

La jornada en casa se hace larga hasta que llegan del colegio sus dos hermanas. Ona *wasapea*, escucha música, ve vídeos en YouTube, lee un rato. En dos semanas, si el virus no lo impide, su ritmo de actividades aumentará: empezará a ir dos tardes a inglés, otras dos a música (piano y solfeo) y una a natación. También le gustaría, algunas de las mañanas que se quede en casa, quedar a estudiar con una amiga.

### 12 por aula

Son las ocho menos cinco del viernes cuando Ona baja a la calle. El instituto Lluís Vives está cerca de su casa. Chispea, y la gente que no ha cogido paraguas camina acelerada. Este curso Ona tiene que entrar por la puerta lateral en una franja de cinco minutos. Junto a la boca del metro, dos chavales fuman, uno al lado del otro, con la mascarilla debajo de la barbilla. Antes, al preguntarle por qué cree que muchos jóvenes se les quitan cuando están con los amigos, ha contestado: "Yo creo que porque están incómodos o porque quieren verse las caras. Y porque no les preocupa ponerse enfermos, piensan que el virus no los puede afectar". Atraviesa la puerta del instituto —donde estudian 960 alumnos atendidos por 94 profesores—, una frontera que por motivos sanitarios este año resulta infranqueable para toda persona ajena al centro, y desaparece al girar una esquina.

La clase hay que imaginársela con lo que explican Ona y los docentes. El aula, extrañamente poco poblada, con solo 12 alumnos. Las mesas, separadas a más de un metro y medio. Las ventanas y la puerta, abiertas, por las que regularmente se cueñan picos del jaleo de las clases de primero de la ESO, a las que sí que asisten todos los alumnos a diario. El profesor



## En días alternos, por franjas horarias y otras fórmulas

La semipresencialidad funciona, en distinto grado, en 12 comunidades —todas, salvo Navarra, el País Vasco, Castilla y León, Cantabria y Extremadura—. Y menos en Murcia, queda limitada a secundaria: bien desde el segundo o tercer curso de la ESO, o desde Bachillerato y Formación Profesional. La fórmula más extendida es la asistencia en días alternos, pero se han puesto en marcha otras. Como norma general, la semipresencialidad solo se aplica en los centros donde los estudiantes no caben guardando la distancia (un problema

más urbano que rural) o no disponían de suficientes profesores para los desdobles. El modo de aplicarla es diverso. Algunas autonomías han implantado un modelo único (por ejemplo, Baleares, Asturias y la Comunidad Valenciana, la asistencia en días alternos). Madrid es la única donde está muy extendido, en cerca de la mitad de los centros, el sistema de franjas horarias (todos los alumnos van a diario, pero de forma consecutiva, en jornadas de tres o cuatro horas). En la mayoría de comunidades los institutos han podido elegir,

además, otras fórmulas. Por ejemplo: los estudiantes van una semana de lunes a miércoles, y la siguiente, jueves y viernes. O una semana sí y otra no. O cada día una pequeña parte del grupo (por ejemplo, cinco) se queda en casa.

La forma de trabajar a distancia también es diferente. En algunos institutos los alumnos siguen las clases por *streaming*, y en otros no se conectan, sino que hacen tareas solos y las envían por correo electrónico o las entregan en papel cuando vuelven a clase. Hay centros en los que conviven ambas fórmulas, según haya decidido el profesor. Y otros que no han podido elegir, porque no disponen de cámaras en las clases.



**Ona Peris, de 12 años, estudia en casa. Abajo, la joven a la entrada del instituto Lluís Vives de Valencia.** / MÓNICA TORRES

solo se levanta de su mesa para escribir en la pizarra. Y los alumnos reciben un trato más personalizado manteniendo la distancia: formulan sus dudas y responden las preguntas desde sus sitios y con mascarilla. "Molesta mucho", lamenta Ona. "Sobre todo en mi clase, que es pequeña, da muchísimo calor. Y no se puede encender el ventilador del techo ni poner aire acondicionado, aunque tampoco es que tengamos".

Hora del recreo. A través de la puerta enrejada se ve a los alumnos formar grupos, acercarse más o menos como siempre, todos con la boca tapada salvo cuando comen el almuerzo. Un profesor pide a unos chicos que se separen, ellos se mueven ligeramente hacia atrás, y al cabo de un momento vuelven a la misma posición. Los chavales ya no pueden

sentarse en la cafetería, pero en la cola que se forma en la puerta se los ve bastante pegados.

"Repiten el comportamiento que tienen normalmente. Si en la calle van todos juntos, abrazados, la inercia es mantener aquí esa actitud. Intentamos que mantengan la distancia, pero es muy difícil conseguir que lo cumplan", afirma fuera, a la sombra de un árbol altísimo, el director, Sergi Sanchis. "Sobre la presencialidad, de momento, tenemos mucha incertidumbre, porque nunca hemos trabajado así. Pero también hay una postura derrotista, y yo creo que no tiene por qué ser peor. Hay una parte del trabajo docente que se hace en clase, pero también hay otra que es cosa de los alumnos, y pueden hacerla perfectamente en casa".

### Instalaciones externas

Las comunidades que han implantado el modelo semipresencial, que los expertos advierten que aumentará la desigualdad al trasladar al ámbito familiar parte del trabajo que todos hacían en los centros, apenas han recurrido a instalaciones externas para dar clase de forma temporal. Cerca del instituto Lluís Vives está, por ejemplo, la Biblioteca Pública Valenciana, un edificio grande que gestiona la Consejería de Educación, Cultura y Deportes. A Sanchis, sin embargo, no le entusiasma la idea. "No está muy lejos, pero supondría un trastorno para el profesorado. No por la cuestión física de tener que ir y volver, sino porque si tienes dos clases correlativas, ya no te da tiempo de llegar a la clase. No es como salir de un aula y entrar a la de al lado. Está a 5 o 10 minutos, pero ya son 5 o 10 minutos que pierdes".

Ramón Martínez, que da Inglés al grupo de Ona, afirma que la reducción del número de alumnos en clase, por un lado, le ha venido bien. "Están sentados individualmente, son 12 y puedes hacer que hablen e interactúen de una manera que era imposible". Pero al mismo tiempo, explica, el modelo tiene el problema que ya observó el curso pasado: "Con el confinamiento hubo alumnos, que son organizados y responsables, a los que les fue muy bien estudiando en casa. Pero para los que necesitan mucho control y vigilancia, es complicado. Si además no hay nadie en casa, es más fácil que no hagan las cosas".